

Ojos llenos de adulterio: la doctrina corrupta de los predicadores traidores

“Tienen los ojos llenos de adulterio, y no se sacian de pecar...”

(2 Pedro 2:14, RVR1960)

Por

Lorenzo Luévano



El Hedor De Un Púlpito Contaminado.

Una peste recorre los pasillos de muchas iglesias. No es invisible. Huele a hipocresía, a pecado disfrazado de gracia, a perversión teológica maquillada con sonrisas de púlpito. No se trata de meros errores doctrinales, ni de diferencias interpretativas entre cristianos sinceros. Hablamos de predicadores que tuercen las Escrituras para justificar el pecado sexual; que promueven una doctrina que libera al fornicario repudiado para volver a casarse, y lo hacen no solo como un desliz exegetico, sino como parte de su corrupción interior.

Pedro los describió con precisión quirúrgica, cuando dijo, “tienen los ojos llenos de adulterio”. No dice “confundidos”, ni “mal instruidos”. Dice “Llenos”. Saturados. Rebosando de deseo carnal, de apetito por lo prohibido. Y más grave aún: **“no se sacian de pecar”**. No hay límite. No hay conciencia. No hay freno. Ellos pueden confesar que han pecado “una sola vez, y al momento” de repudiar a su cónyuge por cualquier causa; pero luego nos dirán que, se arrepienten, y siguen en su nuevo matrimonio adúltero. ¡Quieren seguir pecando! Pero no quieren que se señale su continuo pecado. Quieren seguir con el cónyuge que los tomó como cónyuge luego de haber sido repudiados por fornicación. ¡No estamos en pecado! Dirán; pero la Biblia dice otra cosa. No se sacian de pecar, y tal parece, que así vivirán hasta la muerte, o hasta que la muerte los exponga al juicio de Dios.

Una Radiografía Del Alma De Estos Falsos Maestros.

La segunda carta de Pedro, capítulo 2, es un texto profético, no sobre herejías antiguas, sino sobre los falsos maestros de todos los siglos. Y Pedro no se limita a una crítica teológica. Él entra en lo más profundo del corazón de estos hombres:

“Tienen los ojos llenos de adulterio, y no se sacian de pecar; seducen a las almas inconstantes; tienen el corazón habituado a la codicia...”

2 Pedro 2:14.

Aquí no hay lugar para las medias tintas. El apóstol describe una cadena de perversión:

1. Ojos llenos de adulterio: no solo pecan, sino que ven el mundo y a las personas a través del lente del deseo impuro. Su mirada no es pastoral, es predatoria. No pastorean ovejas; acechan hembras.
2. No se sacian de pecar: su pecado no es ocasional, sino persistente, adictivo. No descansan hasta torcer la verdad para justificar su apetito.
3. Seducen a las almas inconstantes: manipulan a los vulnerables, a los confundidos, a los que buscan consuelo. Y lo hacen no con compasión, sino con intereses carnales y doctrinas letales.
4. Corazón habituado a la codicia: no solo codician cuerpos, sino también púlpitos, chequeras, aplausos y poder. La lujuria no es solo sexual: es ególatra, ambiciosa, disfrazada de “libertad cristiana”.

La Doctrina Maldita Que Enseña Libertad Al Fornicario.

Estos predicadores se han convertido en voceros del infierno. Proclaman con voz suave lo que el diablo gritó con engaño en el Edén: “No morirás”. Enseñan que si un hombre fornicó, y su esposa lo repudió por su pecado, **él queda libre para rehacer su vida con otra mujer**. No importa cuán explícitas sean las palabras de Jesús, cuando dijo: *“El que repudia a su mujer, salvo por causa de fornicación, y se casa con otra, comete adulterio”* (Mateo 19:9).

El texto es claro, si el hombre repudia a su mujer sin causa válida y se casa con otra, adultera. Pero la conclusión perversa de estos falsos maestros es aún más peligrosa, pues **afirman que si el hombre fue repudiado por haber fornicado, entonces él sí queda libre para casarse otra vez, como si el pecado fuera su pasaporte a una nueva esposa.**

Este disparate no solo contradice la enseñanza de Jesús, sino que revela la teología de Satanás, **el pecado como camino a la libertad.** ¡Qué ironía! En la boca de estos hombres, la fornicación no esclaviza, sino que “libera”. En su doctrina, el culpable queda premiado, y el inocente queda atado. La inversión es tan diabólica como absurda.

¿Qué Clase De Hombres Predican Esta Mentira?

Pedro responde con crudeza. No son ingenuos. Son: *“Manantiales sin agua, nubes empujadas por la tormenta; para quienes está reservada la más densa oscuridad.”* (2 Pedro 2:17) Estos hombres son pozos secos. Prometen vida, pero dan muerte. No enseñan la fidelidad matrimonial, sino la promiscuidad disfrazada de restauración. No llaman al arrepentimiento, sino a “rehacer la vida”, aunque sea en adulterio.

El apóstol Pedro inspirado, dice, *“Les sucede lo del verdadero proverbio: El perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno.”* (2 Pedro 2:22) Y muchos de ellos **ya han probado ese vómito.** No solo predicán esta doctrina, sino que la viven. Ellos mismos **fueron fornicarios, fueron repudiados, y ahora están casados con otras mujeres.** ¿Qué otra cosa pueden predicar, sino lo que justifica su estilo de vida?

Aquí está el punto neurálgico de su pecado, no predicán la verdad, predicán su biografía. Su púlpito no es testimonio del evangelio, sino de su segundo (o tercer) matrimonio.

La Hipocresía Que Clama Al Cielo.

Estos hombres se visten de “sabios”, se autoproclaman defensores del “amor”, del “perdón”, de la “gracia”. Pero su gracia es un manto que cubre la podredumbre de su carne. Su perdón es selectivo, no se arrepienten,

justifican. No confiesan, reinterpretan. No lloran, enseñan su pecado como doctrina.

Predican “libertad”, pero son esclavos del pecado (cf. 2 Pedro 2:19). Afirman defender el matrimonio, pero pisotean el diseño divino. Se presentan como víctimas, pero son lobos con piel de exesposo fornicario.

Y mientras tanto, destruyen familias, confunden a los nuevos creyentes, pervierten la doctrina de Cristo y dividen iglesias enteras.

¿Qué Hacemos Ante Semejante Corrupción?

Pedro lo deja claro: “De estos se apartarán muchos...” (2 Pedro 2:2). No se trata de debatir, ni de tolerar. Se trata de advertir, señalar y apartarse. El amor a la verdad no puede coexistir con la complicidad del error.

Y a los predicadores que aún tienen un resto de conciencia, arrepentíos (cf. Hechos 3:19). No os engañéis, Dios no puede ser burlado. El juicio de Dios vendrá “pronto y sin remedio” sobre quienes convierten el púlpito en lecho de adulterio. Pedro lo dijo así, *“Su perdición no se tarda, y su condenación no se duerme.”* (2 Pedro 2:3)

El Vómito No Es Doctrina.

El perro que vuelve al vómito no tiene derecho a enseñar a comer. La puerca lavada que se revuelca otra vez en el fango no tiene autoridad para hablar de santidad.

Y el fornicario que fue repudiado, y ahora vive en adulterio con otra mujer, no tiene derecho alguno a ocupar el púlpito del Señor. Y mucho menos a enseñar que su pecado es legítimo, que su nueva unión es santa, que su doctrina es gracia.

No, hermanos. La verdad no cambia porque los hombres pequen. La pureza no se redefine porque el predicador cayó. La Palabra permanece. Y los que la tuercen, tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre (Apocalipsis 21:8).

“El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es sucio, ensúciense más todavía; pero el que es justo, practique la justicia todavía...” (Apocalipsis 22:11)

Pero tú, hombre de Dios, huye de estas cosas. No pongas tu oído donde otros han puesto sus mentiras. No comas del vómito ajeno. No lamas las heridas del lobo disfrazado.

Permanece en lo que aprendiste. Y resiste. Porque la corona de justicia no será para los adúlteros, sino para todos los que aman su venida.

Advertencia Al Pueblo De Dios: No Seáis Cómplices Del Adulterio Ajeno.

El apóstol Pablo declaró, *“Y tendrán comezón de oír, y se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias...”* (2 Timoteo 4:3)

Iglesias del Señor, ¿dónde está vuestro celo? ¿Dónde el temor de Dios? ¿Dónde la indignación santa que arde cuando el nombre del Altísimo es profanado por labios impuros?

Muchos entre vosotros han abierto las puertas de su congregación a hombres que traen fuego extraño, no del altar de Dios, sino del incensario de sus pasiones. Les dais el púlpito, les dais el honor, les dais el oído... y a cambio, ellos os dan veneno. No predicán santidad; predicán su historia, su caída, su adulterio, su doctrina de serpiente. Y lo hacen con aplausos vuestros, con palmas, con vítores, con hospedaje fraterno y cenas de honra.

¡Oh pueblo de Dios! ¿No sabéis que al que encubre su pecado no prosperará? ¿Y no veis que el que justifica al impío es abominación delante del Señor?

¡Despertad, Jerusalén Dormida!

Vuestra lámpara humea, vuestra pureza se desvanece, vuestro altar está contaminado. El falso profeta entra por la puerta de la amabilidad, y en vuestro descuido, toma el lugar del pastor. ¿No sabéis que un poco de levadura leuda toda la masa? ¿No sabéis que el que predica el adulterio en doctrina, lo practica en espíritu aunque diga lo contrario con su boca? *“Así ha dicho Jehová: No escuchéis las palabras de los profetas que os profetizan; os alimentan con vanas esperanzas... hablan visión de su propio corazón, no de la boca de Jehová.”* (Jeremías 23:16)

¡Iglesias! El lobo no llega con colmillos al aire, sino con sonrisa en los labios, Biblia en mano y un matrimonio adúltero en su historial. No lo rechazan

porque “predica bonito”, porque “sabe mucho”, porque “canta bien” y tiene buena oratoria, o porque lo “estiman mucho”. Pero su doctrina apesta. Y con su boca defiende lo que con su cuerpo ya profanó.

No se puede ser neutro ante el pecado. El que recibe a tales hombres participa de sus malas obras (cf. 2 Juan 10-11). El que aplaude su mensaje, aprueba su adulterio. El que calla, consiente. Y el que los hospeda, financia su error con el pan del pueblo santo.

¿Dónde están los centinelas? ¿Dónde los ancianos vigilantes? ¿Dónde los predicadores de voz tronante y labios limpios? ¿Dónde los padres espirituales que se levantan como Elías, diciendo: “¡Vive Jehová, en cuya presencia estoy!”? Hoy los pulpitos necesitan fuego, no afecto. Necesitan trompetas, no susurros. Necesitan celo por la casa del Señor, y no abrazos a predicadores impíos que justifican su lujuria con textos arrancados de contexto. “*Si alguno os predica un evangelio diferente del que habéis recibido, sea anatema.*” (Gálatas 1:9) Y tú, iglesia tibia, que toleras al adúltero disfrazado de predicador, ¡Arrepiéntete! O el que tiene ojos como llama de fuego vendrá, y quitará tu candelero de su lugar (cf. Apocalipsis 2:5). Porque no es poca cosa tolerar a Jezabel. No es un error sin consecuencias. Es traicionar al Esposo fiel, que dio su sangre por una esposa pura, sin mancha, sin arruga.

Hermanos, el tiempo es corto. El juicio comienza por la casa de Dios. Si no expulsamos la doctrina del adulterio de nuestras congregaciones, no habrá lluvia del cielo, no habrá aceite en la lámpara, no habrá Espíritu que confirme la obra. Solo quedará una estructura hueca, llena de actividad, pero vacía de gloria. “*Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré.*” (2 Corintios 6:17)

El Esposo Viene.

Y no busca una esposa que justifica el pecado, ni al pecador, sino una que se ha lavado con la Palabra, y no con los razonamientos torcidos de predicadores adúlteros.

¡Oh iglesia del Cordero, sacúdete el polvo! Rompe los lazos con los impíos. No vendas tu santidad por buena retórica. No entregues tu altar a los que lo han profanado con su cama. Que tus pastores sean ejemplos, no escándalos.

Que tus maestros sean irrepreensibles, no “rehabilitados”. Que tus púlpitos sean santos, no campos de reingreso para los que ya destruyeron un matrimonio con su pecado. Santidad conviene a tu casa, oh Jehová, por los siglos y para siempre. Y si no la guardas, serás desechada como la sal que ha perdido su sabor.

Ω

Publicaciones

Volviendo a la Biblia

www.volviendoalabiblia.com.mx

5 de agosto de 2025

Se autoriza la distribución de esta obra, citando la fuente y sin alterar su contenido